

Mujeres ilustradas en el debate de la educación. Francia y España

Isabel MORANT
Universidad de Valencia

RESUMEN

Anne Thérèse de Lambert (1647-1733) y Josefa Amar y Borbón (1749-¿1808?), vivieron en contextos diferentes y en momentos distintos de la Ilustración. Su obra educativa sin embargo, permite seguir la polémica europea sobre Mujeres, Ilustración y Educación. En la obra de la marquesa de Lambert, como en Josefa Amar, encontramos los ecos —y la influencia— de los autores que las precedieron, así como de sus contemporáneos.

El análisis comparativo de ambas autoras, permite marcar sus particularidades; las similitudes y diferencias que sus obras tienen entre sí y en relación con las ideas circulantes en otros textos y autores significativos. Se destaca su particular defensa de las mujeres de letras y de una educación femenina, cuyos objetivos debían de ser favorecer el progreso del intelecto y la autonomía moral que debía contribuir a la felicidad de las mujeres.

Palabras clave: Mujeres, Ilustración, Educación.

Enlightened women in the debate on education. France and Spain

ABSTRACT

Anne Thérèse De Lambert (1647-1733) and Josefa Amar y Borbón (1749-¿1808?), lived in different contexts and chronologies within the Enlightenment. Their pedagogical work, however, allows us to follow European debates on women, Enlightenment, and education. In the writings of both of them, we find the echoes —and influences— of their predecessors, as well as those of their contemporaries.

A comparative analysis of Mme. de Lambert and Josefa Amar allows to establish the peculiarities, similarities, and differences of their works in relation to each other and with the ideas which circulated in other relevant texts and authors. What stands out is their particular defense of women of letters and women's education, which aims should be promoting the progress of women's intellect and moral autonomy, in order to contribute to women's happiness.

Key words: Women, Enlightenment, Education.

SUMARIO: 1. La mujer de letras y la moral femenina. 2. El ideal educativo o el arte de vivir en femenino. 3. La diferencia de las mujeres o educar en la diferencia. 4. Las razones de la educación. Nuevos ecos de la polémica. 5. La educación física y moral de las mujeres y el estudio de las letras. 6. Epílogo. 7. Referencias bibliográficas.

1. LA MUJER DE LETRAS Y LA MORAL FEMENINA

Molière en Francia, ha producido (un gran) desorden con su comedia Las mujeres sabias. Desde ese momento, se ha atribuido tanta vergüenza al saber de las mujeres como a los vicios que más prohibidos les están. Cuando ellas se vieron atacadas en sus diversiones inocentes, comprendieron que vergüenza por vergüenza, había que elegir la que les rindiera más y se libraron al placer.

(Mme. de Lambert, *Refléxions nouvelles sur les femmes*, 1727, ed. 1989, pp. 39-40)

Mme. de Lambert fue una aristócrata ilustrada en cuyo salón parisino se reunían algunos de los intelectuales y políticos más reconocidos en la época. Marivaux y Montesquieu formaban parte de su círculo de amistades. Reconocida como moralista, *Refléxions nouvelles sur les femmes*, escrita en 1727, es la obra que mejor representa el ideario moral que la autora propone a las mujeres. Su obra más específicamente educativa, sin embargo, sería, *Avis d'une mère à sa fille*, escrita en 1732 y dedicada a la educación de su hija. Mme. De Lambert escribiría también un *Avis d'une mère à son fils*, con el mismo propósito de hacerlo servir para la educación de su hijo.

Reflexiones nuevas sobre las mujeres (*Refléxions nouvelles sur les femmes*), es un ensayo moral, en el que se contiene una encendida defensa de la educación femenina. La obra comienza con el lamento de Mme. de Lambert por la falta de prestigio del saber entre las mujeres y el descrédito que sufren las que lo pretenden. Es fácil confundir, se queja, el deseo de saber con la *pedantería*; *la pedantería*, aclara, *es un vicio de la inteligencia, mientras que el saber es su ornamento*. Pero *si en los hombres se acepta el amor a las letras, éste no se perdona en las mujeres*. Así se significa en el texto del enunciado en el que la autora alude a *Las Mujeres Sabias*, una de las comedias de Molière, en la que se ridiculiza el saber en las mujeres.

Mme. de Lambert se siente molesta por estas actitudes que, según dice, desalientan a las mujeres que manifiestan aspiraciones intelectuales, como sin duda era su caso, y así lo manifiesta abiertamente: «¿A quién no le resulta hiriente el que las mujeres se vean atacadas en sus amables ocupaciones intelectuales cuando podrían emplear su tiempo siguiendo la moda de la época?», pregunta. Responsabiliza de ello a los prejuicios de su época, que lejos de favorecer el saber en las mujeres, hacen de ello un motivo de vergüenza que las aparta de todo lo que tenga que ver con el intelecto y los libros. Como todo el mundo sabe, la vergüenza es una arma poderosa para disuadir a las gentes, cuando toca a la imaginación de alguien, escribe, la vergüenza le paraliza y le impide actuar. Así dice que ha oído que ocurrió con los españoles, que viendo burlados en el Quijote sus valores, perdieron su orgullo y con ello el coraje:

Un autor español decía que el libro de Don Quijote había perdido a la monarquía de España, porque el ridículo que extendió sobre el valor que esta nación tuvo en el pasado en grado sumo ha ablandado e irritado el coraje.

(Mme. de Lambert, 1989, p. 39)

El mismo efecto negativo se atribuye a la obra de Molière, al que Mme. de Lambert acusa de causar un gran desorden en las mentes de las mujeres con sus comedias, en las que se ponían en entredicho las pretensiones intelectuales de las mujeres. Como ocurre en *Las Preciosas ridículas*, otra de las obras de Molière, en la que el comediante contrapone la figura de las Preciosas a la de la mujer sensible que, lejos de perseguir conocimientos vanos, hace aflorar en ella los sentimientos amorosos y persigue el amor y el matrimonio. El éxito de público que estas comedias tenían en Francia sin duda era conocido y lamentado por Mme. de Lambert como escribe en su diatriba. De creer a la autora francesa, las mujeres del siglo, abrumadas por los prejuicios que la literatura difunde entre las gentes de su época, habrían sucumbido a la opinión común, que no valoraría en ellas otra cosa que no fueran la sensibilidad, el buen gusto o la belleza, consideradas como *cualidades femeninas*. Así escribe, no sin ironía, que las mujeres, viendo como se despreciaría en ellas el cultivo del intelecto y del espíritu, optarían por lo que les resultaba menos difícil, el dedicarse al ocio y a la vida mundana.

Las cosas ya no eran como antes, se queja. Se acabaron los viejos y buenos tiempos en que las mujeres cultas eran reverenciadas y admiradas. Así se dice en el texto, acerca de las *Preciosas* y de otras señoras cultas y creativas que, en el siglo XVII, en Francia, brillaron en los salones literarios. Esto se afirma del conocido Hôtel de Rambouillet, cuna de los talentos femeninos que la autora parece admirar.

En Mme. de Lambert, las alusiones al pasado son un buen recurso literario para enfatizar la pérdida de costumbres que lamenta. Las mujeres de hoy en día, escribe, ya no son como las de antes y ya no son apreciadas por su intelecto y en razón de sus virtudes, sino por sus atributos físicos y sus maneras más frívolas:

Las mujeres, aún las más distinguidas y socialmente relevantes, han puesto el libertinaje en el lugar del saber, las maneras del preciosismo que tanto se les han reprochado, han sido cambiadas por la indecencia. Por ello, se han degradado, despojadas de su dignidad: pues sólo la virtud les permite conservar su lugar y sólo la decencia las mantiene en sus derechos. Pero cuando más han querido parecerse a los hombres en ésto, más se han envilecido...

(Lambert, 1989, p. 40 y ss.)

La sociedad y las mujeres, afirma, han salido perdiendo con el cambio de las costumbres femeninas. A las mujeres ya no se las respeta como antes y las malas costumbres femeninas se expanden en la sociedad y en los hombres que las siguen. En su representación de las cosas, los mayores responsables de estos cambios son los hombres, menos virtuosos, o viciosos, que se benefician de la ignorancia y sometimiento de las mujeres. Los hombres, escribe, prefieren mantener en la ignorancia a las mujeres, sin preocuparse de los efectos negativos que la falta de educación —moral— les provoca. Pero las mujeres, dice también, no deberían permanecer ajenas a los agravios que les hacen aquellos hombres que se resisten a conceder a las mujeres los beneficios morales que produce el buen uso del intelecto y la educación. Las mujeres, prescribe, deberían preguntarles: «¿Qué derecho tenéis a prohibirnos el estudio de las ciencias y las artes? ¿O es que aquellas que se sienten atra-

ídas no han tenido éxito, y tanto en lo sublime como en lo agradable?» (Lambert, 1989, p. 45).

Lamentablemente las mujeres, no actúan así, parecen no ser conscientes de la injusticia que se les hace. Las mujeres, escribe, «no se reconocen como realmente son»: impedidas por los prejuicios sociales, que las disminuyen como intelecto, se ven abocadas al mundo sensible, que la opinión común considera como núcleo y fundamento de la Naturaleza femenina:

Estropeamos todas las disposiciones que les ha dado la naturaleza: comenzamos por descuidar su educación, no ocupamos su espíritu en nada sólido; y el corazón se aprovecha: las destinamos a complacer, y no nos complacen más que por sus gracias o por sus vicios. Parece como si no estuvieran hechas para otra cosa que para ser un espectáculo agradable a nuestros ojos. No piensan en otra cosa que en cultivar sus gracias, y se dejan llevar cómodamente por las inclinaciones de la naturaleza; no rechazan los gustos que no creen haber recibido de la naturaleza para combatirlos.

(Lambert, 1989, p. 50)

Las ideas nos son conocidas. Mme. de Lambert considera que las mujeres han sido *desnaturalizadas* por los prejuicios de aquéllos que se niegan a reconocer en ellas un intelecto semejante y tan perfecto como pudiera serlo el de los hombres. Como moralista, revela el estoicismo que la separa del ideario hedonista que critica, el cual en su siglo afirmaba el valor de la materia frente al espíritu, privilegiando los deseos del individuo y los placeres del cuerpo. En ella, en cambio, se privilegia la contención y la razón social que, como la autora sabe, obligaba de manera específica. En este sentido se aconseja a las mujeres una moral que podemos calificar de estricta, pero que en el texto se justifica en razón de que conviene a las mujeres más que las costumbres más libres y hedonistas, que la autora consideraba menos nobles. Estas costumbres, escribe, ponen a las mujeres en una situación ambigua: valoradas por los hombres que se dejan llevar por sus deseos, están a merced de una opinión pública que las degrada. Así, ocurre que los mismos hombres que las pretenden son los que las degradan después, cuando se sienten rechazados o dejan de amarlas. En este sentido admite que la belleza y el buen gusto son importantes para las mujeres, que sienten una inclinación poderosa a cultivar en ellas esas condiciones. Las mujeres saben que con esto adquieren un cierto poder sobre los hombres que, según dice, las más desean y aprecian. Sin embargo, Mme. de Lambert insiste en demostrar que se trata de un poder engañoso y efímero, que produce más desgracia que felicidad en las mujeres. Como escribe a propósito de las mujeres *sensibles*, que se dejan llevar por la voluptuosidad de sus deseos, por los deleites del amor, de las cuales dice que normalmente deben pagar un tributo al amor que, en su opinión, nunca suele darse sin dolor, como los amantes del amor prometen. Es por ello que concluye su texto aconsejando una metafísica del amor que parece incluir la renuncia a la pasión sexual:

He encontrado autores respetables que han creído que (las mujeres) tenían cualidades (para el amor) que podían conducirlos a hacer grandes cosas, como la imaginación, la sensibilidad, el gusto: son los presentes que han recibido de la natura-

leza. He hecho reflexiones sobre cada una de estas cualidades. Como la sensibilidad les domina, y las lleva naturalmente al amor, pasando por su templo, ha sido necesario pagarle algún tributo y dejar alguna flor en su altar. He buscado si no se puede pasar de los inconvenientes del amor, separar los vicios de los placeres, y disfrutar de lo que tiene de mejor. He imaginado una metafísica del amor. La practicará quien pueda.

(Lambert, 1989, p. 71)

La obra de Mme. de Lambert, ciertamente, revela su ideario moral, el pesimismo estoico que la caracteriza. Sus *reflexiones*, sin embargo, se concretan en las mujeres, en la moral que *conviene* dar a las mujeres, justificando el por qué una le parece mejor que otra. La autora considera que las mujeres, que han sido dañadas por los prejuicios sociales que han ahogado en ellas sus condiciones intelectuales, se han visto abocadas al mismo tiempo a procurar en ellas la sensibilidad y los sentimientos. Lo cual las coloca en una posición difícil, a merced de las inclinaciones del amor que algunas, las más pasionales, sienten con viveza. Mme. de Lambert no niega el valor de las mujeres sensibles, pero teme los efectos nefastos de la mala educación sentimental que reciben las mujeres, expuestas a las opiniones comunes sin que la razón pueda venir en su auxilio cuando se trata de discernir moralmente. Permitir que la balanza se incline de un sólo lado, el de la sensibilidad, es disminuir a las mujeres, es dejarlas sin los recursos que la razón proporciona a los humanos. Lo que la autora pretende es una educación completa, en la que la razón y los sentimientos deban ser igualmente comprendidos y formados. En este sentido, Mme. de Lambert propone que la educación no se limite a fomentar en las mujeres la sensibilidad, el buen gusto o las normas y etiquetas necesarias para la vida social, como por otro lado sabía que era común en las mujeres de su clase. El proyecto que esboza debía ser más completo, debía abarcar el ejercicio de la mente y del espíritu, permitiendo a las mujeres comprender y razonar la moral y las costumbres que convenían a su estado.

En estas *Reflexiones* de Mme. de Lambert, qué duda cabe, encontramos los ecos de la *polémica* social que a propósito de la identidad y el destino social de las mujeres manifestaba sus *diferencias*. En este sentido, sus referencias a Molière son del todo pertinentes. En su comedia se significa el rechazo social de las mujeres sabias y se significa, también, lo que se valoraba en las mujeres; la feminidad que se decía despreciada en algunas mujeres— desnaturalizadas— que pretendían unos conocimientos para los que la Naturaleza no parecía haber dotado al género femenino.

En Mme. de Lambert, ciertamente, se manifiesta otra ideología. La que concede a las mujeres el mismo *espíritu o razón* que a los hombres, que las habilita para el saber y el conocimiento de las ciencias. Las criaturas de Dios, razona con Descartes o Poulain de la Barre, fueron creadas con las mismas condiciones anímicas y aunque las mujeres tengan un cuerpo diferente, ésto no afecta a sus condiciones intelectuales. Como demuestran los numerosos ejemplos de mujeres que, en el pasado como en el presente, han destacado por sus talentos y que en los textos se citan (Poulain de la Barre, ed. de 1993, pp. 53-71). Mme. de Lambert no niega las diferencias entre los sexos. Pero lejos de enfatizarlas limita sus efectos. Entiende que la diferencia física y biológica condiciona el destino de las mujeres, que es ser

madres y que esto conlleva ocuparse del hogar doméstico. Pero nada más. Es la negativa social, basada en el prejuicio, la que impide que las mujeres puedan aspirar al desarrollo del intelecto y a los conocimientos que la educación procura. El alcance de la educación femenina, matiza, dependerá de las capacidades personales y de la voluntad e interés que se ponga en ello. En consecuencia con este ideario, la autora propondrá un amplio programa de estudios para las mujeres, al cual nos referiremos en las páginas que siguen.

2. EL IDEAL EDUCATIVO O EL ARTE DE VIVIR EN FEMENINO

En todos los tiempos se ha descuidado la educación de las chicas; no se ha puesto atención más que en los hombres; y, como si las mujeres fueran una especie aparte, se las ha abandonado a ellas mismas, sin recursos; sin pensar que componen la mitad del mundo; que se está unido a ellas necesariamente por las alianzas; que a ellas se debe la felicidad o la desgracia de los hombres, que siempre sienten la necesidad de que sean razonables; que gracias a ellas las casas se engrandecen o se destruyen, que la educación de los niños les está confiada en su primera juventud, tiempo en el que las impresiones son más vivas y profundas.

(Mme. de Lambert, *Avis d'une mère à sa fille*,
1732, ed. de 1989, p. 73)

El texto que nos sirve de referencia pertenece a otra de las obras de Mme. de Lambert, *Consejos de una madre a su hija*, escrita con la intención de orientar la educación de las jóvenes, de la propia hija de la autora a cuya formación se dice dedicada. El escrito se inicia con la crítica de la autora al descuido en que, según dice, se tiene la educación de las mujeres. Lo cual no ocurre igual con los hombres, en cuya educación se ponen más medios e intereses. Las mujeres, escribe, son tratadas como una especie aparte; abandonadas a sus propios recursos, sin apenas ninguna educación que las capacite para las funciones sociales que deben cumplir. Como se dice en el texto del enunciado, en el que queremos destacar, junto a las críticas por una situación que se lamenta, las *razones* por las cuales se piensa que las sociedades deberían actuar de otro modo, propiciando una mayor y mejor educación de las mujeres, con el objetivo de que estas pudieran cumplir mejor con el destino y la función social que les corresponde, entre las que se señalan el bienestar de las familias y la felicidad de los hombres.

En la páginas que siguen Mme. de Lambert plantea su modelo educativo. En primer lugar, la *formación* moral, que debe comenzar muy temprano, en la niñez, cuando el carácter está aún sin formar y resulta más fácil moldear las mentes y las conductas. En esta primera juventud la educadora debe ser la madre, cuya misión ha de ser despertar en la niña los *sentimientos* religiosos, que deberán ser la base de los sentimientos morales que se proponen desvelar en la joven. Mme. de Lambert se expresa aquí como una mujer profundamente respetuosa con la religión y la moral católicas. Las normas que emanan de la religión, escribe, son indiscutibles, porque proviene de Dios. Igualmente han de conocerse y respetarse las normas del *decoro* que marca la sociedad: «aunque éstas sean obra de los hombres,

no hay nada más real que los males que sufren aquéllos que han querido sustraerse a ellas». (Lambert, 1998, p. 78).

Mme. de Lambert entiende que los sentimientos, que pertenecen a la Naturaleza Humana, son una forma de conocimiento del que las personas pueden servirse para juzgar y encaminar las conductas. Por eso piensa que se deben educar en las jóvenes, como escribe en su texto a propósito de la formación de su hija: «No basta, hija mía, para ser estimable, sujetarse exteriormente a las conveniencias: son los sentimientos los que forman el carácter, los que conducen a la razón, los que gobiernan la voluntad, los que responden de la realidad y la duración de todas nuestras virtudes» (Lambert, 1998, p. 74).

Piensa también en una formación razonable y razonada, encaminada a provocar el acuerdo de las educandas. En este sentido se manifiesta en contra de las prácticas tradicionales que pretenden educar a las chicas con normas y máximas morales no razonadas que, según dice, no llegan a producir efectos profundos en las jóvenes. Así escribe que: «No basta la autoridad exterior para hacer que se cumplan los deberes, cuando se prescribe una conducta es necesario dar a conocer las razones y los motivos, procurar el gusto por aquéllo que se aconseja» (Lambert, 1998, p. 75).

Para Mme. de Lambert el objetivo de la educación moral, ha de ser dar conocer y orientar a las jóvenes en la *virtud*, que la religión y la sociedad plantean como ideal. Pero, como la autora comprende, hablar de ideales en abstracto no debe bastar para que las chicas comprendan la necesidad y el valor de la moral que se les propone. Así, escribe que las jóvenes deben saber que la virtud tiene su atractivo en los bienes que proporciona; la virtud no es sólo el enemigo que nos coarta o nos limita, es también fuente de felicidad, de gloria y de paz para aquéllos que la practican convenientemente. Reconoce, sin embargo, que los deberes que marca la religión son difíciles para las mujeres. Por eso aconseja que se actúe pronto sobre ellas; porque las impresiones morales que se reciben en la niñez permanecen con los años. Y es en la madurez cuando han de ser de mayor utilidad a las mujeres, para ayudarlas en los acontecimientos dolorosos que toda vida entraña.

Este diagnóstico, qué duda cabe, manifiesta su pesimismo al respecto de la educación moral de las mujeres. Señala la dificultad de que éstas acepten y se impliquen en la estricta moral que se les propone, siendo así que los efectos de la educación moral sobre ellas deberán ser desconocidos y carecerán de reconocimiento. Así escribe que: «permanecer en la casa, no ocuparse de otra cosa que de sí misma y de la familia, ser sencilla, justa y modesta (son) virtudes penosas porque son oscuras. Es necesario mucho mérito para huir del éxito, y mucho coraje para consentir en no ser reconocida más que por una misma». Si el mérito moral se reconoce en los hombres no ocurre igual en las mujeres y éstas carecen del estímulo que se supone necesario para el esfuerzo moral que se requiera. ¿Cómo pues, se pregunta, se puede tener éxito en formar moralmente a las mujeres si no se les puede prometer ninguna recompensa? Mme. de Lambert no tiene una respuesta positiva. Su única respuesta aquí es negativa, la única solución es que las mujeres aprendan pronto sus obligaciones y se resignen. Su deseo, sin embargo, parece ser otro, como se manifiesta en su queja sobre el poco atractivo y la falta de estímulos que

se proporcionan a las mujeres para que acepten con mejor voluntad el esfuerzo que toda formación moral demanda. Las mujeres, por otra parte, saben que pueden hacerse reconocer cuando exhiben ciertas cualidades. Como el *pudor*, por ejemplo. El pudor es a las mujeres lo que el valor es a los hombres. Una mujer casta puede hacerse perdonar sus defectos, lo mismo que un hombre valeroso se hace perdonar sus fallos morales. La belleza es también un mérito que se reconoce en las mujeres, que fieles a lo que se espera de ellas se preocupan y ocupan en preservar las cualidades físicas que la Naturaleza les otorga.

Mme. de Lambert no niega estas prácticas pero, fiel a un ideario, rechaza la excesiva inclinación que, según dice, la mayor parte de las mujeres muestran, por el cuidado del cuerpo en detrimento del espíritu. En estos casos, afirma, la mujer está en peligro de ser considerada como objeto sensual, lo cual la deshonoraría. Mantiene que lo que conviene a la mujer es no olvidar el espíritu, cultivando en ella las cualidades superiores del sentimiento: «Una mujer honorable tiene las virtudes de los hombres, la amistad, la probidad, la fidelidad a los deberes: una mujer amable debe poseer no solo las gracias exteriores sino también las gracias del corazón y del sentimiento. Nada es más difícil que complacer sin una atención que se asemeja a la coquetería» (Lambert, 1998, p. 85).

Su preocupación aquí es moral. En ella se refiere el rechazo moral a que las mujeres redunden en el cultivo de una *feminidad* que se supone menos positiva. Sobre todo cuando esto les hace abandonar las tareas, que se suponen más nobles, del intelecto y del espíritu. En este sentido se refiere críticamente a que se consienta en las mujeres los placeres vivos, los espectáculos y todo aquello que inflama la imaginación y adormece el espíritu. En su lugar propone que las jóvenes tengan otros estímulos, así como otro empleo del tiempo. Así escribe, dirigiéndose a su hija: «No apaguéis en vos el sentimiento de curiosidad. Es necesario solamente conducirla y darle un objeto. La curiosidad es un comienzo de conocimiento que os hace ir más lejos en el camino de la verdad: es una inclinación de la naturaleza que va por delante de la institución. Hay que evitar que se detenga por el ocio y la pereza» (Lambert, 1998, p. 94).

En consonancia con estas ideas, Mme. de Lambert propone el estudio a las mujeres, siguiendo un programa de materias que en el texto se explicitan. Matiza que no todas las mujeres poseen las mismas capacidades ni tienen el mismo estímulo, por lo que, en cada caso, deberán ajustarse los estudios que se proponen. En este sentido propone un programa amplio, en el que la lectura y la escritura, que se dan por descontadas, podían dar paso al estudio de la historia, la filosofía, las lenguas o la geografía. Entrando en detalles recomienda la historia griega y romana, por lo que, según dice, tienen de modelo ejemplificador de acciones heroicas. Sin ignorar la historia del propio país por supuesto. De filosofía solo *un poco* puede bastar para la mayoría. En todo caso, se privilegiará el estudio de la moral a partir de los autores clásicos. En cuanto a las lenguas, además de la del país, aconseja el latín, por ser la lengua de la iglesia y porque abre la puerta al conocimiento de todas las ciencias y a lo mejor que se ha escrito a lo largo de los tiempos. Pone reparos, en cambio, al aprendizaje del italiano, del que dice que las mujeres aprenden con gusto por el placer que les proporciona la lectura de la literatura amorosa. La cual,

Mme. de Lambert considera peligrosa por la imaginación que despierta en las mujeres, jóvenes sobre todo.

También la poesía puede tener estos inconvenientes. Cabría distinguir, sin embargo, entre las obras que ayudan a construir la virtud de aquellas otras que impresionan por los vicios que describen. Con mayor firmeza desaconseja las novelas, de las que se afirma que no tienen como objetivo producir la verdad y la moralidad, sino que despiertan la imaginación, debilitan el pudor y provoca el desorden de los sentimientos. Sobre todo en las jóvenes que muestran mayor inclinación a la ternura, en las que Mme. De Lambert teme la atracción y la ilusión del amor, que considera un peligro mayor cuando no está dulcificado y sí sus efectos no están controlados por una razón adulta y bien formada.

Mme. de Lambert, por otro lado, no tiene ninguna duda respecto de la capacidad intelectual de las mujeres para seguir los estudios de las letras que acabamos de enunciar. En general, son las mismas materias que se aconsejan para la educación de los hombres jóvenes. No olvida, sin embargo, referirse a la *mesura*, que debía de parecerle más necesaria en las mujeres, a las que el apelativo de *sabias* podía no convenir en absoluto, como Mme. De Lambert sabía bien. Así, aconseja a su hija la moderación: «poneros en guardia contra el gusto «du bel esprit», no os divirtáis en perseguir las ciencias vanas y aquéllas que están por encima de vuestras posibilidades. Tenemos las luces necesarias para nuestro bienestar. Pero no queremos quedarnos ahí; corremos detrás de verdades que no están hechas para nosotros» (Lambert, 1998, p. 97).

El saber en las mujeres no debe de ser exagerado, ni ruidoso ni ostentoso. Conviene que se quede en sus límites. No corresponde a las mujeres perseguir determinadas verdades, como las de la religión, que otros más versados que ellas podrán enseñarles. Tampoco conviene a las mujeres *la imaginación* que despierta en ellas el gusto por la literatura o los espectáculos, creándoles fama de frívolas. Lo que conviene en las mujeres es más bien un saber callado y modesto; aprender a ejercitar la razón y meditar sobre las cosas que se estudian. La mujer no ha de pretender mostrarse en público ni enseñar a otro público, a no ser a los propios hijos y a otras mujeres. Como, por otro lado, Mme. de Lambert ejemplifica en su práctica de escritura en las obras que dedica a la educativa de sus hijos.

El pensamiento de Mme. de Lambert, sin duda, conecta con el pensamiento de la *diferencia sexual*, que procuraba la separación de sexos y una educación diferente, *específica*, para cada uno de ellos. En Mme. de Lambert no dejan de manifestarse estos extremos. Pero se atenúan las consecuencias y sobre todo sus efectos educativos. Como por otro lado corresponde a una pensadora que reivindica la misma mente y razón para hombres y mujeres, que consecuentemente pretende enseñar a su hija las mismas virtudes excelsas que se deben fomentar por igual en ambos sexos. Por más que, en los Consejos que dedica a la hija, debe tener en cuenta las circunstancias especiales que concurren en la vida de una mujer.

Mme. de Lambert escribió también un *Avis* destinado a la educación de su hijo, dando por supuesto que la educación de un varón y una hembra no debía plantearse del mismo modo. Las diferencias que se explicitan, sin embargo, no se refieren

tanto a las condiciones de carácter o del intelecto, del hombre o la mujer, como al destino y a la vida social que se sabe debía de ser distinta para uno y otro sexo. Al pensar en el hijo, un joven noble, la madre y educadora piensa en la formación específica que deberá recibir quien está destinado al oficio de la guerra o la política, suponiendo que no quisiera formar parte de la iglesia. Al pensar en la hija, en cambio, la imagina destinada al matrimonio y a la familia, suponiendo que no quisiera ser religiosas. Sorprende, sin embargo, que haga muy pocas referencias a la educación doméstica de una joven que se supone que deberá ser una mujer casada. Quizás porque tratándose de una joven noble, con posibilidades de tener una amplia servidumbre, los conocimientos domésticos parezcan menos necesarios. En cambio, concederá importancia a la instrucción para la vida social, hablando de las cosas que se supone que una joven que deberá tener alguna vida mundana, como corresponde a las clases altas, no debe ignorar.

En este sentido, Mme. de Lambert se distancia de los textos al uso que insisten en marcar las *especificidades* educativas de las mujeres. Se distingue también de los moralistas comunes que prefieren preservar la inocencia de las jóvenes, ocultándoles los conocimientos que consideran peligrosos. Mme. De Lambert se expresa de otro modo, piensa que se debe proporcionar a las jóvenes el conocimiento de los sentimientos y las pasiones humanas, que deberá servirles para gobernarse mejor en sus relaciones con el mundo. Especial énfasis pone en el conocimiento de los hombres, cuya *naturaleza varonil* se teme, considerándolos como *enemigos* potenciales de las mujeres, por el mayor poder que la sociedad les concede. Ellos son los que dictan las leyes y los que juzgan moralmente a las mujeres, sin que ellas puedan hacer otro tanto. Las mujeres deberán aprender a conducirse en estos casos, para lo cual necesitan los conocimientos que la educación debería proporcionarles. Esta es la cuestión que gravita en las largas páginas que siguen, en las que Mme. de Lambert se dedicará a glosar los peligros del amor y de las relaciones con los hombres.

El problema y el objetivo que Mme. de Lambert, en este caso como en el resto del texto, persigue es la *autonomía femenina*; ¿cómo hacer que la formación y el conocimiento contribuyan al bien y a la felicidad de las mujeres? La otra seña de identidad será su exigencia moral, el rigorismo incluso, que subyace en el modelo formativo que la autora propone, altamente moral y normativo, que debía buscar la mayor perfección, la *excelencia* femenina. En este sentido podemos pensar con fundamento que estamos ante un modelo elitista, al alcance de muy pocas mujeres, como la propia autora reconoce al final de su texto:

Aquellas (mujeres) que deseen conservar la simplicidad pueden ahorrarse el leer mis máximas; no están hechas para ellas: será tiempo perdido que pueden emplear en leer libros que cuadren mejor con sus formas de vivir y comportarse. La mayor parte de las mujeres no están hechas más que para beber, comer, dormir, traer niños al mundo, jugar, engañar a sus amantes, a sus maridos, a sus directores, y medirse con sus iguales; éstas máximas les son inútiles: no les indican ningún medio para comportarse en estos asuntos; pero aquéllas que quieran o que puedan entender lo que les digo en esta obra, sacaran el partido que les conviene.

(Lambert, 1727, p. 131)

3. LA DIFERENCIA DE LAS MUJERES O EDUCAR EN LA DIFERENCIA

En el caso de las chicas se dice que no hace falta que las chicas sean sabias; la curiosidad las hace vanas y preciosas, en ellas es suficiente con que sepan gobernar un día sus casas, y obedecer a sus maridos sin razonar. No dejan de servirse de la experiencia para indicar que hay muchas mujeres a las que la ciencia ha vuelto ridículas. Con esto se creen en el derecho de abandonar ciegamente a las hijas al cuidado de madres ignorantes e indiscretas.

(Fénelon, *Education des filles*, Paris, 1696, p. 6)

En los textos educativos de Mme. de Lambert, ciertamente, encontramos los ecos de Fénelon. de la *Educación des filles*, escrito un tiempo atrás, que parecía haberse convertido en un clásico en el que podían inspirarse los ilustrados que se manifestaban en favor de la educación femenina. Este había sido el objetivo de Fénelon, defender la educación de las mujeres frente a los prejuicios sociales que la desmerecían y negaban. La *Educación des filles* comienza denunciando el abandono en que se tiene la educación femenina y las prácticas de las familias que, según dice, se muestran poco exigentes con la educación de las hijas. Manifiesta que:

Nada ha sido más descuidado que la educación de las jóvenes, la costumbre y el capricho de las madres son lo que decide la formación de las hijas, que para la mayor parte de las madres no debe de ser mucha. La educación de los jóvenes, en cambio, se considera uno de los asuntos más importantes en relación con el bien público y, aunque es verdad que a menudo se cometen los mismos errores que con las chicas, al menos se está persuadido de que hacen falta muchas luces para tener éxito.

(Fénelon, *op. cit.*, p. 5)

La educación de los muchachos, en cambio, ha recibido mayor atención. Sobre ella se ha escrito mucho y bueno: «Las gentes más hábiles se han aplicado a dar reglas en esa materia», escribe. Y se han dedicado muchos profesores y libros y, «aunque no siempre las cosas se hayan hecho del modo más conveniente, los esfuerzos y el dinero gastado prueban bien la alta consideración en que se tiene la educación de los chicos». No ocurre así con las chicas, en las que la opinión común desprecia la educación, encuentra vano que sean *sabias* y temen que la educación las vuelva *ridículas*. Como sugiere el texto del enunciado, en el que el autor se hace eco de los prejuicios al uso contra las mujeres con pretensiones intelectuales, de las que se afirma que el saber *las ha vuelto ridículas*.

La mirada de Fénelon es otra. Partidario de la educación de las mujeres, considera, sin embargo, que los excesos de unas pocas no deben perjudicar los objetivos sociales que avalan la necesidad de que las mujeres se eduquen. La formación de las mujeres, escribe, es necesaria, fundamental incluso, para el buen orden social y familiar. Para que las mujeres puedan ocuparse con garantía de las tareas que les están encomendadas en relación con la vida privada y la familia. En las páginas que siguen, Fénelon propone un modelo educativo adecuado, cuyo objetivo decla-

rado era preparar a las mujeres para un mejor cumplimiento de las responsabilidades— *específicas*— de las mujeres.

Fénelon no deja de advertir los problemas que, según se dice, causarían las mujeres que, sin tener en cuenta que son mujeres, se empeñarían en estudios que no les pertenecen, pretendiendo entrar en los dominios que pertenecen a los hombres. Contra el peligro que se supone el autor explicita las limitaciones que conviene poner a la educación femenina:

Es verdad que hay que temer el hacer sabias ridículas. Las mujeres por lo común tienen la razón aún más débil y curiosa que los hombres; así no será el propósito el meterlas en estudios en los que ellas se empeñen: ellas no deben ni gobernar el Estado, ni hacer la guerra, ni entrar en el ministerio de cosas secretas. Así, pueden pasar de ciertos conocimientos extendidos que pertenecen a la política, al arte militar, a la jurisprudencia y a la teología. la mayor parte de las artes mecánicas tampoco les convienen.

(Fénelon, *op. cit.*, p. 6)

El tema nos es conocido. Nos remite a la *polémica* de la educación femenina que hemos visto expresarse en otros autores del siglo XVII. Como Poulain de la Barre, cuya obra *De l'Éducation des Dames pour la conduite de l'esprit dans les sciences et dans les moeurs* data de 1674. Las *Reflexiones* de Mme. de Lambert refieren los ecos de la polémica que en el siglo XVIII perseguía a las mujeres *cultas e instruidas*. A las que otra literatura representaba negativamente como demasiado *instruidas y curiosas* (G. Fraisse, 1989, *Muse de la raison. La démocratie exclusive et la différence des sexes*, Paris, 1989, pp. 51-67)

En Fénelon, se extrema la prudencia, procurando una educación que, lejos de permitir la *desnaturalización* de las mujeres, ampare los designios de la Naturaleza y la Sociedad. Educar a las mujeres debía significar, en primer lugar, propiciar un carácter y una moral *femenina* caracterizados por la contención y los sentimientos religiosos y familiares. En Fénelon se plantean también los conocimientos que habría que darles a las mujeres. De manera general propone la lectura, la escritura y las ciencias del hogar. Y para las que muestren mejores disposiciones, estos estudios pueden ampliarse a otras materias, como la historia, las lenguas clásicas y modernas, etc. Como parece propio, Fénelon rechaza que se fomente en las jóvenes el gusto por todo aquello que estimula la imaginación, como se dice de la literatura o los espectáculos.

El texto concluye como había comenzado, con nuevas advertencias sobre las condiciones del saber en las mujeres. Un saber modesto, que no permita a las mujeres transitar por los dominios que no les pertenecen y que no contribuya a envanecerlas y a situarlas por encima de su sexo. Como se dice en el texto que sigue, que pertenece a las últimas páginas del tratado de Fénelon, en las que el autor advierte sobre los peligros que para la joven educanda entraña una excesiva ambición del saber, que podría llevarla a cuestionar las jerarquías establecidas:

Dado que vuestra hija muestra un espíritu muy avanzado, muy abierto, con facilidad y penetración, temo que se desarrolle en ella el gusto por el bel sprit y un exceso de curiosidad que puede ser vana y peligrosa... Todo (el esfuerzo realizado) se

perderá si ella se empeña en ser un bel sprit y se despreocupa de las cuestiones domésticas. La mujer fuerte hila, se encierra en su casa, se calla, cree y obedece, y no discute con la Iglesia.

(Fénelon, *op. cit.*, pp. 124 y 125)

En Mme. de Lambert, las ideas respecto a la *especificidad* que conviene dar a la educación femenina, no son muy diferentes. Como Fénelon, admite la prudencia que es necesaria en las mujeres que ambicionan el saber y pretenden la acreditación y el reconocimiento de sus estudios. Señala, en cambio, las diferencias con los hombres, cuyas circunstancias les impulsan al saber que conduce al reconocimiento. De lo cual, sin embargo, no deduce que se deban recortar los conocimientos de las mujeres, ni mucho menos que la balanza se deba inclinar del lado de la sensibilidad y la domesticidad de las mujeres. Como sí parece que ocurre en otros autores que conocemos, en Fénelon incluso, que, sin cuestionar en absoluto las cualidades y capacidades intelectuales y morales de las mujeres, se muestra más proclive a advertir las *diferencias* que concurrían en las mujeres, así como los problemas provocados por las prácticas de las mujeres que con desprecio de las *diferencias* pretendían ampliar sus conocimientos. Haciéndolos servir a sus intereses particulares.

Mme. de Lambert no niega estos extremos. Pero no los enfatiza del mismo modo. La educación dada a las mujeres, ciertamente, debía servir a los fines sociales que se explicitan, a la mejora social y al bienestar de las familias. Pero podía acordarse, también, con la razón y los intereses de las mujeres que, como Mme. de Lambert, veían en la educación un camino para el discernimiento, la autonomía moral y la felicidad personal de las mujeres.

4. LAS RAZONES DE LA EDUCACIÓN. NUEVOS ECOS DE LA POLÉMICA

Con razón se ha considerado siempre la educación como el asunto más grave y más importante. De él depende la felicidad pública y privada: porque si se consiguiese ordenar de manera los individuos, que todos fuesen prudentes, instruidos, juiciosos y moderados, si cada familia fuese arreglada, unida y económica, resultaría necesariamente el bien general del estado; el cual consiste en la congregación más o menos numerosa de individuos y de familias. Así cuando mejor fuese la educación, será mayor el número de las personas felices y más grandes las ventajas de aquella república.

(Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la Educación física y moral de las mujeres*, 1790, ed. de 1994, pp. 57 y 59)

Josefa Amar y Borbón fue una ilustrada conocida, miembro de la Sociedad económica de Amigos del País de Zaragoza primero y de Madrid después. Su participación en el debate sobre la admisión de las mujeres en la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, que tuvo lugar hacia 1786, le daría una cierta repercusión pública. A este propósito escribió una conocida Memoria en la que hacía una encendida defensa del talento y la capacidad intelectual y política de las muje-

res, como reza el título con que la Memoria sería publicada: *Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres*. Tiempo después vería la luz su obra más significativa en materia educativa, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, publicado en 1790. Un texto bien recibido en la época y que hoy podemos considerar como un compendio, entre los mejores, de las ideas ilustradas respecto de la educación femenina, en la línea que hemos visto marcada por Fénelon y Mme. De Lambert, autores ambos que Josefa Amar conoce y cita en la obra. (M.^a Victoria López-Cordón, Introducción al *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* de Josefa Amar, Madrid, 1994, pp. 32-38).

Esta obra de Josefa Amar, como en el caso de Mme. De Lambert, revela la *polémica* sobre las mujeres y la educación femenina. La autora se quejara en su escrito en los términos que conocemos en su escrito anterior, en el que rebatía punto por punto los argumentos que niegan la capacidad intelectual de las mujeres y la falta de atención que el tema recibe de la sociedad. En este nuevo *Discurso*, sin embargo, se sitúa en positivo buscando la alianza de otros ilustrados que, como ella, entienden el valor y las *razones* sociales que avalaban la educación. En esta línea se refiere a los muchos y buenos autores que, según dice, han escrito a favor de la educación, que ella entiende debería, alcanzar también a las mujeres, sobre lo cual, puntualiza, se ha escrito menos. Lo que justifica y acredita su empresa de escribir sobre la educación femenina:

La importancia de la materia (educativa) se comprende por los muchos libros que se han escrito... (Pero) los más solo hablan de la enseñanza de los muchachos, y los que comprenden también a las muchachas lo hacen tan de paso que parece asunto muy indiferente. Añádase a estas razones la de no tener en nuestro idioma una obra que comprenda los dos puntos esenciales de la educación, como son la parte física y moral, por lo que no parecerá tan impropio el publicar este libro, pues aunque esté muy distante de la perfección que se requiere, quizás servirá de estímulo a otros autores más dignos.

(Josefa Amar, 1994, p. 60)

Josefa Amar, como hemos visto hacer en otros casos, se refiere negativamente a las gentes que *desprestigian* y *descuidan* la educación en las mujeres. Las jóvenes se abandonan a sus inclinaciones y luces naturales, crecen en sus casas en donde reciben poca o ninguna formación moral, y ociosas se dedican a los fútiles arreglos de sus personas. En el mejor de los casos, aprenden a realizar las tareas domésticas de la mano de unas madres que, ignorantes ellas mismas, poco más pueden hacer por sus hijas. No más adecuada le parece la educación de las chicas encerradas en los conventos, de las que se dice que reciben pocas enseñanzas y practican menos el estudio. Considera que la resolución del problema es una responsabilidad de todos, del gobierno, de las familias y de las propias mujeres, que miran con indiferencia el saber que nadie valora en ellas:

La educación de las mujeres se considera regularmente materia de poca entidad. El estado, los padres y lo que es más, hasta las mismas mujeres miran con indiferencia el aprender esto o aquello o no aprender nada ¿quien podrá señalar la causa de este descuido tan universal?

(Josefa Amar, 1994, p. 61)

Josefa Amar alude también a las opiniones que culpan a los hombres del universal descuido en que supone que ha caído la educación femenina. Los hombres serían quienes, en su afán por dominar a las mujeres, prefieren mantenerlas en la ignorancia antes que elevarlas por el conocimiento. Josefa Amar, sin embargo, se distancia de esta posición, señalando que no son todos los hombres, que hay otros muchos que se muestran favorables y que, como ella, han escrito positivamente a este respecto. Sus nombres se citarán a lo largo del texto como avales de las ideas que la autora defiende.

En cuanto a la Educación misma, Josefa Amar defiende que hay una parte que conviene que sea común a los dos sexos, que tienen las mismas obligaciones morales. Lo cual se aplicaría al conocimiento y práctica de la religión y la observancia de las leyes civiles del país en que viven. Pero hay también una formación que debe ser específica para el sexo femenino, por las razones que se explicitan en el texto que sigue: En las familias privadas, tienen las mujeres su particular empleo, lo que significa la dirección y gobierno de la casa, el cuidado y crianza de los hijos, y sobre todo la íntima y perfecta sociedad con el marido (Josefa Amar, 1994, p. 63). Hemos de observar, sin embargo, que es la diferencia de funciones —y no otra basada en la distinta naturaleza de los sexos— lo que, en Josefa Amar, justifica y hace imperativa la diferente educación de las mujeres. Los conocimientos específicos que la educación debe procurar en ellas y no a los hombres, se refieren a las tareas sociales de unas y otros pero no comprenden todos los conocimientos que la educación proporciona, que en muchos casos, pueden ser los mismos.

Josefa Amar apuesta también por una estricta educación moral, que debía potenciar los valores del espíritu y la razón, por encima del hedonismo de los sentidos. En este sentido critica las —malas— costumbres que descuidan el cultivo del intelecto en las mujeres, dejándolas a merced de lo que se dice son sus impulsos hedonistas. Los cuales, se reflejan en la imagen —negativa— de las mujeres que buscan procurar y conservar la belleza, vivir una vida ociosa y despegada del esfuerzo del intelecto. Josefa Amar, en cambio, pretende que se pongan mayores esfuerzos y expectativas en propiciar en las mujeres el estudio y los conocimientos de las ciencias consideradas más nobles y que aquí se piensan más útiles y provechosas. Reconoce, sin embargo, que la tarea ha de resultar ardua para las mujeres. No tanto por la dificultad que entrañan los estudios, sino por la indiferencia, cuando no el desprestigio, con que se observa el saber en las mujeres. Los estudios, dice, resultan difíciles de seguir en todos los casos, pero más aún para las mujeres que no tienen el estímulo del premio ni vislumbran un horizonte de reconocimiento que sí tienen los varones que pueden ver acreditados sus méritos. Las mujeres, insiste, no pueden hacer valer sus conocimientos más allá de la puerta de su estudio y en sus casas, lo cual provoca que muchas abandonen por falta de estímulo y que otras no piensen siquiera en comenzar sus estudios. Pero, con todo, argumenta Josefa Amar a su favor, algunas —pocas— mujeres han logrado salir a flote, mostrando que, cuando hay voluntad no existen impedimentos para que las mujeres dominen el saber, aún las materias que se consideran superiores.

Los nombres de las mujeres que se citan a este respecto nos son conocidos. Se repiten en otros autores —y sobre todo en autoras—, aun extranjeros, como ejem-

plos demostrativos de cómo el deseo y la voluntad de estudio pudo hacer progresar a algunas mujeres que lograron alcanzar los máximos niveles intelectuales. En Josefa Amar, sin embargo, se comprende que se trata de un grupo selecto de mujeres, las cuales serían vistas como excepciones a la regla de las mujeres, que en general, tenían niveles bajos de formación. A estas excepciones pertenecían las autoras, que como Josefa Amar, escriben para otras mujeres *cultas e instruidas*, con objeto de formar del mismo modo a las jóvenes de su clase.

En este sentido Josefa Amar precisa que su libro se dirige a formar a las mujeres que comparten su misma condición moral y social. De las otras, de las mujeres de las clases inferiores, se dice que no necesitan los mismos estudios, que no les serían útiles porque sus condiciones de vida son otras. Opina que a la mayoría de las mujeres «les basta saber hacer por sí mismas los oficios mecánicos de la casa.» Casadas con hombres rudos, no necesitan saber grandes cosas, la felicidad en estos matrimonios se consigue con que el marido sea aplicado en su trabajo, y la mujer le ayude según sus fuerzas.

También en Josefa Amar se tratan los problemas que se producen cuando las mujeres pretenden una mayor educación o ponen su empeño en el conocimiento de las materias que no les incumben. Las mujeres, dice, no deben concebir el estudio de las ciencias «como si hubieran de seguir una profesión o un oficio porque de ello se seguiría el mismo desorden que causa la falta de educación en las mujeres.» En Josefa Amar, ciertamente, no se piensa que los hombres y mujeres pudieran poner la misma intensidad y tener los mismos objetivos en el estudio de ciertas materias. Del mismo modo se dice que no deben educarse juntos en la misma universidad o escuela, ni menos aún que pudieran tener las mismas materias de estudio. En Josefa Amar se respetan las diferencias y el que las mujeres sepan hacer las labores que, como el coser o el hilar, no podrían hacer los hombres. Del mismo modo les corresponde el gobierno de la casa, que sufriría su descuido si las señoras no estuvieran atentas a lo que les corresponde:

No formemos, pues, un plan fantástico: tratemos sólo de rectificar en lo posible el que ya está establecido. Para este será el caso el que las mujeres cultiven su entendimiento sin perjuicio de sus obligaciones: lo primero, porque puede conducir para hacer más suave y agradable el yugo del matrimonio: lo segundo, para desempeñar completamente el respetable cargo de madres de familia, y lo tercero, por la utilidad y ventaja que resulta de la instrucción en todas las edades de la vida.

(Josefa Amar, 1994, p. 72)

El plan formativo que Josefa Amar propone no era, ciertamente, un plan fantástico, como veremos en las páginas que siguen. Se ajustaba a los patrones conocidos que ponía especial atención en la formación moral, las costumbres y las habilidades domésticas de las mujeres. La atención que se presta a la educación física era, sin embargo, una novedad destacable. Pero sobre todo debemos apreciar la apuesta de Josefa Amar por ampliar al máximo la educación femenina, para la que propone un programa amplio que puede ajustarse en función de las mayores o menores posibilidades de las mujeres que deseaban acceder a la educación. Y por último nos interesa destacar su interés en que la educación —física y moral— que se

propone debería servir también a las mujeres, para ayudarlas a conseguir aprecio social, autonomía moral y felicidad personal. Como se dice en el texto que sigue, del que queremos destacar la relación que la autora establece entre el desarrollo del intelecto, la moral y la felicidad:

Las dos partes que comprende la perfecta educación, son la física y la moral: la primera, por la relación que tiene con la robustez del cuerpo, necesaria en el curso de la vida y sus funciones y la segunda, porque se dirige a ordenar el entendimiento y las costumbres, que es el único medio de adquirir una constante y verdadera felicidad.

(Josefa Amar, 1994, p. 75)

5. LA EDUCACIÓN FÍSICA Y MORAL DE LAS MUJERES Y EL ESTUDIO DE LAS LETRAS

No se pretende en esto que todas las mujeres indistintamente hayan de estudiar y aprender las materias que aquí se apuntarán: lo primero, porque no sería conveniente a todas el distraerse tanto de los negocios de la casa; y lo segundo, y más principal, porque no hay en todas la igual aptitud de ingenio y aplicación, cuya regla también es común a los hombres. Se dice, y con razón, que en ambos sexos se halla a las veces igualdad de talento; pero no se infiere de esto que todos los individuos tienen el mismo... Por tanto, estamos hablando sólo con aquellas señoras que, sin faltar a las obligaciones peculiares de su sexo, puedan y quieran dedicar algunas horas a la ilustración de su entendimiento.

(Josefa Amar, 1994, p. 171)

En el *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, de Josefa Amar, encontramos de nuevo los elementos conocidos. La importancia que se concede a la *formación* moral y de las *costumbres* de las mujeres, a la que la autora dedica largas páginas. La referencia también a las responsabilidades familiares y domésticas y a las *habilidades* que todas las mujeres deben aprender para cumplir con estos cometidos. Y, por último, el estudio de las *letras*, que la autora recomienda vivamente, sin olvidar las consabidas referencias a la *diferencia* de las mujeres; la mayor necesidad que todas tienen de dedicarse a sus tareas *específicas*, así como la mayor *capacidad* y la *voluntariedad* que se requiere para poder seguir determinados estudios. Como se dice en el texto del enunciado, con el que Josefa Amar comienza el capítulo dedicado a los estudios superiores.

La obra, tiene dos partes. En la primera se refiere a la educación física, cuyo objetivo declarado es la salud. Se reconoce que es necesaria a todo el mundo, a los hombres como a las mujeres que deben de trabajar con sus manos; su interés en cambio se dirige a procurar la salud de las señoras que deben parir y criar hijos robustos, procurando mantenerlos fuertes y sanos. La autora, lamenta que en nuestra cultura, no se valore ni fomente la fortaleza física en las señoras, que se acepte en ellas la debilidad y que esta se mantenga en las niñas. A las que, según dice se permite, que se asusten por cualquier cosa o que lloren normalmente, haciendo de ellas seres *pusilánimes* y *asustadizos*, incapaces de recono-

cer los verdaderos peligros. La debilidad le parece sumamente inconveniente en las madres, que, en la educación de a sus propios niños cometen los mismos errores que se cometieron con ellas. La sociedad y el Estado carecerá así de las madres fuertes y templadas que necesita para parir y confiar en ellas el cuidado y la salud de sus familias.

Su interés por la salud y la fortaleza física y moral de las mujeres se corresponde con el deseo ilustrado, manifiesto entre las élites intelectuales y políticas del momento, por el aumento y preservación de la población, así como el cuidado y mejora de la salud pública. De lo cual se quería hacer partícipes a las mujeres. En este sentido, Josefa Amar se refiere a la necesidad de que las mujeres — incluidas las señoras — aprendan a cuidar su cuerpo y su salud, en la línea que se propone en el texto, en el que se entra en detalles sobre las comidas, la higiene, el embarazo, la crianza o las enfermedades de los niños. El tema de la lactancia materna, que aquí se defiende, ocupa una parte importante de las páginas que Josefa Amar dedica a la salud de los hijos. Por la bibliografía que maneja la autora, que demuestra tener una gran erudición sobre estos asuntos, parece estar en sintonía con las nuevas ideas que circulaban en la literatura médica ilustrada de la época (M.^a Victoria López-Córdon, 1994, Mónica Bolufer, 1998).

La segunda parte del libro está dedicada a la educación moral, entendida, en primer lugar, como *formación* del carácter, la moral formal y las costumbres que conviene procurar en las jóvenes. Josefa Amar se refiere a los valores y sentimientos que conviene desarrollar en las niñas. Señala su pedagogía, apuntando los modos en que las niñas deben ser conducidas para desarrollar en ellas los hábitos morales que se pretenden. Recalca la necesidad de contar con la voluntad de las educandas, a las que, se dice, que habrá que instruir en el conocimiento de sí mismas, así como en las reglas del *decoro* que marca, y por otro lado exige, la sociedad. La joven ha de saber lo que es y lo que se espera de ella y ha de aceptar por ella misma las imposiciones. Especial énfasis se pone en el aprendizaje de la religión, señalando cómo debe hacerse su enseñanza y las lecturas que deben apoyar este aprendizaje.

El otro gran tema educativo son las habilidades domésticas que en el texto se califican como *labores femeninas*. En este apartado Josefa Amar se hace eco, de las *razones* por las cuales conviene preparar a las mujeres para el gobierno de la casa y la familia. Señalando la *especificidad* de estas femeninas y las mayores responsabilidades que corresponden a las mujeres:

Las labores de mano y el gobierno doméstico son como las prendas características de las mujeres; es decir que aunque reúnan otras, que será muy conveniente, aquéllas deben de ser las primeras y esenciales. Tan bien parece a una señora (y cuando más ilustre mejor), tan bien parece, digo, con una rueca o con una costura, como el letrado en su estudio, el artesano en su taller, el labrador en el campo...

(Josefa Amar, 1994, p. 160)

El texto se alarga en este sentido con las consabidas razones sobre la necesidad que tienen las familias de que las mujeres sepan cómo gobernar la casa. Cita El *Económico*, el conocido clásico de Jenofonte, del que se sirve para apoyar su filosofía sobre la importancia del aprendizaje que se propone. En un alarde de eru-

dición, la autora cita en griego y luego traduce así las palabras del autor: «Yo no me cuido de estar mucho en casa, porque mi mujer es suficiente para tener el cargo de todas las cosas.» (Josefa Amar, 1994, p. 165).

El texto continúa en este sentido hablando de la conveniencia de que todas las jóvenes adquirieran los conocimientos que son necesarios para el buen gobierno de la casa, aún incluso los más elementales y humildes. Así, se dice, que conviene que las señoras sepan hacer por ellas mismas las tareas domésticas que luego deberán mandar a sus servidores. Para las niñas se recomiendan también los trabajos manuales y las labores de manos, que las aparten de ocio y las disciplinan. Josefa Amar, sin embargo, pretende elevar estos conocimientos en las mujeres mediante las lecturas de ciertos libros que como *El Económico*, antes citado, contienen buenas normas para saber llevar la economía doméstica. Otros autores clásicos, como Vives o Fray Luis de León, avalan un ideario conocido, del que Josefa Amar hace la historia, con muy pocas novedades. Las ideas se repiten de manera retórica. Parece como si además de afirmar unos principios indiscutibles, circulantes por otro lado en otros muchos textos contemporáneos, no hubiera mucho más que decir. Lo cual puede ser explicado por el carácter de estos conocimientos, eminentemente prácticos, susceptibles de ser aprendidos — de manera natural — en sus casas y en compañía de sus madres. Sin otra literatura. O también podemos pensar en el menor conocimiento e interés de la autora en estas cuestiones.

El interés de Josefa Amar parece muy distinto cuando escribe sobre el *Estudio de las letras*. Una cuestión a la que no dedicará más páginas que a los temas anteriores, pero suficientes para desplegar un amplio y cuidado programa de estudios que podía permitir a las mujeres alcanzar, casi todas las ciencias en función de los deseos y las posibilidades de las jóvenes. Las cuales podían actuar gradualmente, comenzar con una educación básica que podía ampliarse con las materias superiores, como el latín, el griego o las ciencias abstractas de la naturaleza.

Josefa Amar, no abandonará aquí el tono reivindicativo que conocemos. Se aplicará a despejar las dudas que pudieran darse sobre la conveniencia de que las mujeres aborden los estudios que se proponen, señalando, en cada caso, la oportunidad de los mismos. Asimismo pretende ser didáctica, indicando los modos prácticos de afrontar unas y otras enseñanzas. Y se demora en criticar los prejuicios que niegan el interés de la escritura en las mujeres, pretendiendo que esta práctica iría en detrimento de sus costumbres morales. Josefa Amar exhibe aquí sus argumentos contrarios, a la vez que aconseja a los padres y educadores que procuren que las niñas aprendan a leer y escribir con perfección, comprendiendo lo que leen y escribiendo de manera comprensible, para lo que recomiendan los ejercicios de caligrafía y ortografía que sean precisos.

En el mismo sentido se referirá al estudio de las lenguas. De la lengua nativa, cuyo primer objetivo debe ser que las jóvenes puedan hablar con propiedad. Para lo cual se necesita *aprender el arte de la lengua*, mediante el estudio de la ortografía y la gramática de la Academia, que se recomienda, junto con una serie de textos igualmente necesarios para el aprendizaje del lenguaje. Pensando en términos de moral, precisa que se ha de procurar que los autores que se lean sean aquellos cuyos libros contengan las normas que convienen. Entre ellos cita a Fray Luis

de Granada o al maestro León, *para las que se dediquen al matrimonio*. También se recomiendan las obras de Quevedo, el Quijote o el *Criticón* de Gracián. (Josefa Amar, 1994, p. 174)

La filosofía no se mira con recelo. Sobre todo cuando es moral y se dirige al estudio de los clásicos, como Plutarco o Cicerón. De las tragedias cita *Electra*, de Sófocles y *Hécuba*, de Eurípides, indicando las traducciones que conviene utilizar. Y entre los modernos, la *Apología de la ociosidad*, de Luis Megía, y la *Instrucción de la mujer cristiana*, de Luis Vives.

De la historia se dice que al mismo tiempo que entretiene, conviene porque enseña a conocer las *diversas pasiones de los hombres*. Su estudio, como en el caso de la lengua, deberá comenzar por la historia del propio país, con el auxilio de las obras que se citan: *La Crónica general de España* escrita por Florián de Ocampo, las obras de Ambrosio de Morales, Mariana, Zurita y Flores, entre otros.

En cuanto a la aritmética, su estudio se recomienda, supuesto el gobierno doméstico que corresponde a las mujeres, para las cuales se dice que no serán necesarios grandes estudios y bastaran las reglas de sumar y restar. En cambio, para las hijas de los comerciantes, de las que se supone que casarán con sujetos de su misma condición, se recomiendan otros conocimientos, útiles al negocio que se supone que deben afrontar. Para ellas se recomienda saber llevar los libros de cuentas, además de otras especificidades para cuyo estudio, como en otros casos, la autora dará la correspondiente bibliografía.

En un segundo capítulo, también dedicado al estudio de las Letras, Josefa Amar contempla la posibilidad de que algunas mujeres estén en condiciones de recibir una educación mayor que la propuesta hasta ahora. Los entendimientos no son iguales, escribe, y puede darse el caso de que las mujeres más capaces deseen acceder a cuestiones más complejas. Para éstas comienza por recomendar el latín, justificando las posibilidades y el interés de que algunas señoras lo estudien para poder leer *lo mucho y bueno que se ha escrito en esa lengua*. Su aprendizaje, con la sola intención de leer en esa lengua, no le parece difícil: *bastará imponerse bien en las declinaciones y conjunciones, y luego ponerse a traducir*. Menos necesarias le parecen las prolijas reglas de los géneros y la sintaxis, que graban la memoria sin provecho del entendimiento. Aconseja el uso y la observación, que le parecen más útiles para aprender la lengua que las reglas que pronto se olvidan. En cuanto a los prejuicios de los que *desaconsejan* el latín en las mujeres, Josefa Amar escribe: «no ignoro que muchos se ríen y aún censuran que las mujeres entiendan el latín, como si fuera lo mismo que querer acercarse a poner las manos en el santuario.» Su intención, aclara es más modesta y respetable: las mujeres aprenden latín para leerlo. Como escribe Fénelon, el latín conviene a las mujeres: «por ser el idioma de la Iglesia, y por el fruto que pueden sacar de la asistencia a los divinos oficios». Y, por otro lado, ¿quién prodrá negar que *los libros sagrados escritos en latín, hablan igual a ellas que a los hombres?* concluye reivindicando una vez más la capacidad del entendimiento de las mujeres. (Josefa Amar, 1994, p. 180).

Las lenguas vivas, como el francés, inglés o italiano le parecen también recomendables para las mujeres; permiten mejorar su educación mediante la lectura de textos que se quieren conocer, de los que no siempre se encuentran traducciones.

Aunque, matiza, cada día hay más y mejores traducciones en nuestra lengua de los textos que se consideran fundamentales. Opina que el estudio de las lenguas no requiere mucha fatiga para las mujeres que tienen ya nociones de gramática. Como en el caso del latín recomienda su ejercicio, leer y traducir, escribe, *enseña más que el mejor maestro*.

Tampoco la geografía le parece difícil. Valora su atractivo por los conocimientos del mundo que proporciona y a los que las gentes no podrían acceder desde el retiro de sus casas. Estos conocimientos además resultan muy útiles y apreciados en las reuniones mundanas. Josefa Amar nos indica, sin pretenderlo, una de las funciones — y el atractivo — que sabemos que para las mujeres debía tener el poseer conocimientos, para distinguirse y brillar en sociedad.

En cambio, Josefa Amar desapruueba que se permita el que las jóvenes se acostumbren a la literatura del creación, a los romances, las novelas y comedias, que se rechazan por el estímulo que, según dice, producen en la imaginación. Como vienen opinando otros pedagogos, que son también moralistas. Excepto *algunos franceses*, de los que la autora dice que son partidarios de que se recomiende esta literatura porque permite enseñar buena moral. Su opinión, sin embargo, no es la misma porque, según dice: «el mal ejemplo que se critica en los romances y demás literatura sirve más para persuadir que para reprenderlo.» Matiza, sin embargo, que en castellano hay algunas comedias en las que hay muy poco de amores y que por tanto pueden permitirse. La misma regla debe seguirse con los poetas, entre los cuales hay bastantes cuyas obras instruyen y divierten sin perjuicio para la moral.

Nada de lo que se recomienda, concluye, está por fuera de la capacidad y fuerzas de las mujeres, ni necesita de un gran trabajo: «un ingenio regular y una mediana aplicación bastarán». Como contrapartida, el trato con los libros permite a las mujeres un mejor empleo del tiempo, permitiéndoles «la satisfacción y el contento que produce la instrucción y la civilidad.» Y, aunque se diga que distraen a las mujeres de lo que son sus trabajos y labores, no necesariamente tiene por qué ser así, también los hombres, escribe, tienen oficios a los que dedican mucho tiempo y, sin embargo, ocurre que *los que son aplicados encuentran tiempo*. Del mismo modo las mujeres, a las que se enseña a emplear bien su tiempo podrán ocuparse del estudio de las letras sin menoscabo de la casa y la familia:

Fórmese, pues, un plan arreglado; enséñese a las niñas a distribuir el tiempo con utilidad y se verá que hay suficiente para todo, y que unas ocupaciones no pueden impedir las otras, sino que antes se ayudan mejor; porque el estudio y la lectura hacen agradable el retiro de la casa y borran o desfiguran aquella idea de servidumbre, que representa el continuo cuidado y gobierno doméstico.

(Josefa Amar, 1994, p. 188)

Josefa Amar concede menos valor al estudio de las artes, a las que apenas dedica espacio. Reconoce, sin embargo, que el dibujo y la música son recomendables para las mujeres que posean invención, delicadeza y buen gusto. En estos casos, se dice, el ejercicio de las artes es preferible al estudio de las letras. En cuanto al baile, introducido en sociedad, se valora su aprendizaje en las niñas porque, según dice, contribuye a un desarrollo más armónico de los movimientos del cuerpo. Pero,

como la moral obliga, la autora, recomienda la intervención de la madre en la elección del maestro y que las clases se den en presencia de la madre. Con todo, Josefa Amar no deja de manifestar su distanciamiento— y sus preferencias— por un modelo educativo en el que se privilegia la sensibilidad y el buen gusto, frente a otro modelo basado en el cultivo del espíritu y que requiere la meditación y el retiro doméstico. Así por ejemplo se significa en una de sus muchas citas, en las que el padre ilustrado requiere de la hija, un esfuerzo mayor que el que podía realizar normalmente una joven destinada a la vida de sociedad. La autora citará en francés, antes de traducirla, como sigue:

Hasta el presente no te he pedido sino una mediana aplicación a la lectura, a la música, al baile y al dibujo: estas cosas son buenas en sí, pero lo son respecto al entendimiento como la leche al cuerpo; y aunque deseo que no ignores ninguna de ellas, me sería muy sensible de habértelas enseñado si te contentarás con esto. Es razón que tengas otras miras más elevadas, y otras ocupaciones más dignas.

(Josefa Amar, 1994, p. 194)

Para Josefa Amar estas miras no son otras que el estudio de las letras que ilustren el entendimiento y creen un saber sólido, que debe continuar y ser útil a lo largo de la vida de cada mujer. La música y el baile, escribe, satisfacen a la juventud, pero no pueden ejercitarse en la vejez, además de que por sí mismas no satisfacen el ánimo: *¡Que fortuna es saber vivir consigo mismo, apartarse de sí con violencia, y volver con gusto a encontrarse!. Entonces no apetece el bullicio de las otras gentes.* Y Josefa Amar concluye: *Así habla la célebre marquesa de Lambert, que conocía bien a fondo el corazón humano.*

Como se adivina Josefa Amar se refiere aquí a Mme. De Lambert, cuyos textos debía conocer, a juzgar por las ideas y la moral que comparten. En los últimos capítulos del libro, por ejemplo, Josefa Amar manifiesta las mismas preocupaciones y exigencias morales. Así pasará revista a lo que se dicen son vicios y pasiones propias de las mujeres, entre ellas la vanidad que las lleva a exagerar las galas y adornos, la excesiva curiosidad y la falta de modestia, etc. Indicando sus inconveniencias y la necesidad de reprimirlas. La belleza y el buen gusto se reconoce que pueden ser valoradas en las mujeres y que el sexo y la clase las obligan a componerse. Pero, siguiendo su ideario moral, recomienda que se enseñe a las niñas la moderación en el uso de vestidos y cosméticos.

Josefa Amar no se retiene al señalar los vicios de las mujeres, como hemos visto hacer a los moralista que cita. Lo cual se avala con otras citas de autores bien conocidos y reputados como moralistas estrictos, Luis Vives y Fray Luis de León entre ellos. Matiza, sin embargo, que no hay mayor maldad en las mujeres que en los hombres y, que los *vicios* se pueden encontrar del mismo modo en los hombres. Aún así, el *género* de las mujeres parece merecedor de las críticas que se le hacen; por el gusto que las mujeres muestran por el halago y la lisonja, por hablar en exceso y lo superfluo de su habla, así como por la ligereza de sus intereses. La venganza, la curiosidad y una inclinación extrema al amor, por otro lado, se señalan como las pasiones más propiamente femeninas. Josefa Amar, sin embargo, confía en la educación para mejorar la condición de las mujeres. Advirtiendo una vez

más que para que la educación moral pueda ser efectiva y servir para modelar las costumbres, debe actuar en la juventud:

...cuando los deseos son más vivos y precipitados, cuando el juicio está más débil, y falta la lección del escarmiento, que sólo se aprende con la experiencia que tienen los adultos. La aplicación y el trabajo podrán servir para ocupar el ánimo, y sobre todo la pintura hermosa de la virtud, y la fea y desagradable del vicio.

(Josefa Amar, 1994, p. 212)

En Josefa Amar, qué duda cabe, se inscribe el ideario ilustrado que hemos visto circular en otros textos y autores, entre finales del siglo XVII y XVIII. En los cuales, lejos de negarse la educación femenina se reivindica, como educación *específica*, encaminada a preparar a las mujeres para cumplir las obligaciones que suponen *naturales* y *específicas* en ellas. Josefa Amar no niega estos extremos, se podría decir que abunda en ellos. Señalando, como era habitual en las fuentes que cita, la importancia que se quería conceder a la formación de la moral y las costumbres femeninas. Del mismo modo, Josefa Amar incide en las cuestiones domésticas. Indica, también, los objetivos declarados de esta educación: contribuir al orden moral y producir el bienestar y la felicidad de las familias.

Sin embargo, en Josefa Amar, como antaño en Mme. de Lambert, se manifiesta una *razón* más implicada y radical en defensa de la mujer de letras y de que las *letras* pudieran ser enseñadas y dominadas por ciertas mujeres. La *diferencia* de los sexos, no se niega de manera absoluta, pero no se le concede la rigidez que pretenden otros textos. Insiste, en la *igualdad* de los talentos y en el valor que la educación tiene para el *progreso* moral de las mujeres, a las que no quiere que se las constriña en sus intereses intelectuales ni en los conocimientos para los que muestren disposición. Entienden que la educación debe proporcionar a las mujeres una mayor autonomía moral, ayudándolas a liberarse del poder y de la tiranía que pretenden los hombres que se sienten superiores. La educación iguala a los sexos y contribuye así a producir un mayor equilibrio social y de poder con los hombres.

En sus textos, ciertamente, se reconoce la *razón social* que atribuye a las mujeres una responsabilidad y una obligación mayor en el terreno de la moral y las costumbres. Se admite la necesidad que tienen las mujeres de practicar las normas de la *contención*, la *modestia* o el *pudor*, que se suponen virtudes y obligaciones eminentemente femeninas. En este sentido sus propuestas tienen un aire arcaico y severamente moralista, que pudiera parecer concomitante y heredero del pasado. Sin embargo, existen muchas las diferencias. Muchos de los autores que se citan desconfía de la voluntad y de la acción moral de las mujeres insistiendo en la voluntad social que obliga a las mujeres. Nuestras autoras, en cambio manifiestan otra confianza en el género femenino, las mujeres, con el auxilio de una buena educación, podían desarrollar la voluntad y la responsabilidad como se manifiesta en el caso de las mujeres distinguidas que se citan.

Es cierto que, en algunos pasajes y por momentos, las mujeres se representan como más proclives y seguras moralmente, más capaces de gobernarse moralmente que ciertos hombres, por los hombres, se dice, no sienten sobre ellos la presión social que gravita mayormente sobre las mujeres. En este sentido, la autora se que-

ja de las *diferencias*, señalando que la moral social exculpa y desobliga al varón en asuntos que son de obligado cumplimiento para las mujeres, como ocurre con la moral sexual o la mayor entrega en los sentimientos, religiosos o familiares. Y además la mayor responsabilidad y exigencia moral que se hace recaer sobre las mujeres no se perciba como debe, como un mérito mayor y como una distinción de las mujeres que tienen determinadas cualidades. Las mujeres, se dice una vez más, están obligadas a practicar la virtud, como lo están los hombres, pero mientras éstos pueden exhibir sus méritos y ser reconocidos por ello, las mujeres normalmente verán silenciados sus valores morales en las paredes del hogar.

6. EPÍLOGO

En el escrito de Josefa Amar, como antaño en Mme. De Lambert, se significa la polémica sobre el talento y la educación de las mujeres, que ambas autoras reivindicaban sin paliativos, pretendiendo un programa de estudios del máximo nivel pensable en la época. Sus referentes son las mujeres cultas e instruidas cuyas figuras pretenden poner en valor.

En Josefa Amar, sin embargo, la defensa de *la mujer de letras* contradice abiertamente el *nuevo* modelo de Sofía que se contiene en el Emilio, la obra educativa de Rousseau, cuyas ideas sabemos fueron compartidas por muchos otros ilustrados españoles que no dejaron de mostrar su escándalo por la *semejanza* intelectual que pretenden las señoras, recordando que los designios de la *Naturaleza* fueron otros. Como había escrito el pedagogo francés, en su día, a la mujer corresponde el uso de la aguja, nunca la pluma. Sofía ha de recibir una educación moral y doméstica. Las letras, las artes y las ciencias se reservan para Emilio, el hombre, de quien Sofía es el complemento. (Isabel Morant, 2003)

En España no se citará directamente a Rousseau, cuyo Emilio, por otra parte, sabemos que estaba prohibido. Pero sus ideas circulaban, compartidas por los modernos ilustrados que podían mirar con distanciamiento las pretensiones intelectuales de ciertas mujeres que, como Josefa Amar, pretendían, si no la *igualdad*, si la *semejanza* en el saber, el mérito y las funciones intelectuales y de gobierno, entre los sexos. Josefa Amar, no duda en *aportar la prueba* que justifique los estudios que propone a las mujeres. La prueba retórica que conocemos sobre la igualdad de los talento entre hombres y mujeres. La prueba también de las mujeres con talento que —como ella misma— se distinguen por sus estudios. No oculta tampoco su malestar por los daños que las nuevas ideas que maximizaban las diferencias entre los sexos podían infligir a las mujeres a las mujeres que aspiraban al saber. A las mujeres de letras, como ella, a las que los modernos roussonianos, en España como en Francia, preferían ignorar cuando no despreciaban intelectualmente. En este sentido, se comprende su *queja* y *radicalismo* en su demanda de reconocimiento de mayor igualdad en los estudios de las letras y las ciencias (Isabel Morant, 2003).

El modelo que la muchos ilustrados de su entorno social —hombres y también mujeres— parecían llevar en su corazón, sin embargo, era otro, más próximo a Sofía, la mujer *moral* y *de sentimientos*, que a las señoras, que se pretenden *cultas*

e instruidas. A las que, por otro lado, la literatura de la época no había dejado de menospreciar, como antaño hiciera Molière, calificándolas de curiosas y entremetidas. Josefa Amar, sin embargo, no se manifiesta del todo ajena al modelo que reivindica, si no la diferencia intelectual o moral, si la desigualdad de los sexos que se manifiesta en ciertas funciones y en consecuencia apuesta por mantener diferenciada y separada la educación de las mujeres y la de los hombres (Josefa Amar y Borbón, 1790, ed.1994).

Estas y otras contradicciones del pensamiento ilustrado serían detectadas y puestas por escrito por una inglesa, Mary Wollstonecraft, que pocos años después, en 1792, escribiría su *Vindicación de los derechos de la mujer*, con la mirada puesta en el texto de Rousseau, al que critica severamente su pensamiento y el modelo educativo que propone para Sofía. El tiempo trascurrido no es mucho, pero los acontecimientos y las circunstancias personales de Mary Wollstonecraft han permitido una mejor comprensión de la trampa que se contiene en el pensamiento roussoniano. Su recurso al imperativo mayor de la *Naturaleza* para justificar una educación específica que, de llevarse a cabo, produciría cambios importantes en la situación de las mujeres, no sólo las privaría de los beneficios de la razón y de la educación, que la ilustración pretendía extender a otros muchos ciudadanos, sino que dejaría en los márgenes a las mujeres, cultas e instruidas que, como ella, venían haciendo uso de la pluma. En esto, Mary Wollstonecraft tomará el ejemplo y la reivindicación de la mujer de letras del pasado. Pero espoleada por los acontecimientos revolucionarios, que presente, dará paso un paso más proponiendo un proyecto de Educación Nacional, en la que se contempla la posibilidad de que niños y niñas estudiaran las mismas materias en los mismos establecimientos,. El largo silencio que debían padecer estas ideas y su lenta recuperación son ya otra historia que no nos corresponde hacer ahora. (Wollstonecraft, 1792, ed. de Isabel Burdiel,1994).

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMAR Y BORBÓN, J., *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, 1790. ed. a cargo de M.^a Victoria López-Cordón, Madrid, 1994.
- BOLUFER PERUGA, M., *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia, 1998.
- BURDIEL, I., Introducción a la edición de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, 1994.
- CABARRÚS, F., «Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública», en *Epistolario español*, II, Madrid, 1952.
- Dictamen y proyecto de Decreto sobre el arreglo general de la Enseñanza Pública*, 1814, ed. de J. Ruíz Berrio, Madrid, 1970.
- FÉNELON, *Education des filles*, París 1687.
- FRAISSE, G., *Muse de la raison. La démocratie exclusive et la différence des sexes*, París, 1989, edición en castellano Madrid, 1991.
- *Les deux gouvernements: la famille et la cité*, París, 2000.
- JOVELLANOS, G. M., *Obras Completas*, Madrid, 1963.

- LAMBERT, Mme. de, *Réflexions Nouvelles sur les femmes*, 1727, ed. de Milagros Palma, París, 1989.
- *Avis d'une mère à sa fille*, 1732, ed. de Milagros Palma, París, 1989.
- *Ouvres de la marquise de Lambert*, Lausanne, 1747.
- LÓPEZ-CORDÓN, M. V., Introducción al *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* de Josefa Amar, Madrid, 1994.
- MORANT, I., «Las mujeres en los espacios del saber ilustrado: tertulias y salones», en *Frasquita Larrea y Aherán. Europeas y españolas entre la Ilustración y el Romanticismo (1750-1850). Congreso Internacional Conmemorativo*, El Puerto de Santa María, 22-23-24 de noviembre de 2000.
- «Hombres y mujeres en el espacio público. De la Ilustración al liberalismo», en Ricardo Robledo, Irene Castells y M.^a Cruz Mateo (eds.), *Orígenes del liberalismo. España, Europa, América Latina*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003.
- NEGRÍN FAJARDO, O., *Ilustración y educación. La Sociedad Económica Matritense*, Madrid, 1984. Contiene la edición moderna de los textos de Cabarrús, Jovellanos y Josefa Amar sobre la entrada de las mujeres en la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid.
- POULAIN DE LA BARRE, *De l'éducation des dames pour la conduite de l'esprit dans les sciences et dans les moeurs*, 1674, ed. española de Celia Amorós, Madrid, 1993.
- ROUSSEAU, J. J., *Oeuvres complètes*, París, 1969-1971.